



Octubre 2019 | #211

Columna Invitada

Sistema agroalimentario argentino: Producir qué, cómo, para quién y dónde

por Ezequiel Arrieta, Georgina Conti, Pedro Jaureguiberry, Esteban Kowaljow, Federico Weyland

Uno de los grandes debates actuales dentro de la comunidad científica tiene que ver con la necesidad de producir alimentos para la población en cantidad y calidad suficiente, y de una manera ambiental y socialmente responsable. El sistema agroalimentario actual, basado en un creciente uso de insumos externos derivados de combustibles fósiles, pone en duda la sostenibilidad en sus distintas dimensiones. Con el fin de propiciar este debate, el pasado 06 de Junio se realizó en Córdoba un conversatorio con especialistas que representaban distintas perspectivas, al que asistieron más de cien personas (1). Resumimos en esta nota las conclusiones del encuentro.

Desde la década de 1980 se produjeron importantes cambios en el sistema agroalimentario argentino dados por innovaciones tecnológicas así como cambios en la forma de organización de los productores. Su principal característica es la de tener como objetivo explícito el de orientar el modelo hacia la producción de commodities (particularmente soja y maíz), cuya demanda se encuentra establecida por los mercados internacionales. Este modelo generó beneficios económicos para el país a través de divisas y multiplicó el volumen de alimentos producidos, superando ampliamente las cien millones de toneladas anuales. Sin embargo, estos cambios también fueron el causante de factores de estrés directo sobre los ecosistemas del país. Por un lado, el cultivo a gran escala de unas pocas especies (con un manejo basado en la trilogía siembra directa, transgénicos y pesticidas) homogeneizó el paisaje de la llanura chaco-pampeana, con la consecuente simplificación de procesos y servicios ecosistémicos, erosión, degradación y salinización de suelos, así como un aumento en el nivel de las napas. Por otro lado, los costos de inversión asociados a esta estandarización productiva excluyeron a muchos productores del nuevo modelo dominante, concentrando la tierra y el capital, y propiciando un proceso de reemplazo de la agricultura familiar por la agroempresa. La limitada regulación estatal al uso de agroquímicos, sumada al discurso del rendimiento productivo como casi único parámetro de éxito, dejó un terreno fértil para la aplicación masiva de cócteles de pesticidas en formatos y lugares no recomendados, generando preocupación por los potenciales efectos negativos a la salud humana y ambiental.



Si bien pareciera existir un consenso general sobre este diagnóstico, las incertidumbres aparecen al discutir posibles soluciones. Hoy podemos identificar dos paradigmas predominantes que apuntan a incrementar la sostenibilidad ecológica de los sistemas productivos: la intensificación sustentable y la agroecología. La primera busca producir más alimentos sin aumentar la superficie de tierra utilizada, al mismo tiempo que intenta reducir el impacto ambiental por unidad de producto mediante el uso eficiente y racional de los recursos y agroquímicos. Por el otro, la agroecología también busca producir más alimentos pero mediante la aplicación de principios ecológicos al manejo de los agroecosistemas y evitando o reduciendo al mínimo la utilización de insumos agrícolas externos, fomentando la biodiversidad y maximizando las interacciones entre organismos. Paralelamente, la agroecología se constituyó como un movimiento social que pone de relieve otros aspectos que hacen a las formas de producción, comercialización y destinos de los alimentos. A pesar de que la intensificación sustentable y la agroecología se presentan frecuentemente como dos modelos irreconciliables, muchas propuestas de la intensificación sustentable tienen su base en ideas o prácticas agroecológicas que fomentan una mirada más integral del sistema, atendiendo en parte a la problemática ambiental pero adeudando una discusión de las problemáticas sociales asociadas a ese modelo de producción.

Acordamos en que es necesaria una transformación profunda de los sistemas agroalimentarios (y no solo en el lugar donde se produce el alimento) cuyo norte debiera ser el de discutir nuestra soberanía alimentaria y donde la agroecología tiene mucho que aportar. Repensar un ordenamiento territorial de las tierras productivas, con manejos adaptados a distintas realidades y escalas de producción podría ser una alternativa en esta transición. Quizás es tiempo de combinar herramientas de distintos modelos y disciplinas para generar respuestas inclusivas. Quizás es tiempo de intentar soluciones en diálogo con las necesidades locales, de generar conocimiento transdisciplinar y accesible, y exigir políticas agroalimentarias integrales. Quizás es tiempo de preguntarse no sólo cuánto y cómo producir, sino también qué, para quién y dónde.

(1). Conversatorio: ¿Es viable la sostenibilidad de los sistemas de producción de alimentos? Buscando un consenso académico entre distintos modelos de producción. 06 de Junio de 2019, Córdoba.